

# El placer del lector

El amor de McEwan por la meticulosidad y la fragua de detalles han expandido lo que podría haber sido un relato a una novela de más de ciento cuarenta páginas

CRÍTICA  
MARÍA TERESA LEZCANO



## EL PLACER DEL VIAJERO

**Autor:** Ian McEwan.  
**Editorial:** Compactos Anagrama.  
**Páginas:** 142.

Ian McEwan compuso en 'El placer del viajero', que reedita Anagrama en sus colección Compactos, una sinfonía narrativa en la que ninguna nota es tocada al azar sino adherida a un pentagrama estructural cuya cohesión es reforzada por cada uno de los sucesos aparentemente casuales que, a medida que avanza la trama, se van posicionando hasta desembocar en un desenlace que, una vez definido, se reconoce como el único que cabría corresponder a los indicios que se han ido sucediendo y que el autor inglés reproduce en claves que oscilan entre el erotismo y la inevitabilidad de los acontecimientos que serían adaptados al cine en 1990 bajo la dirección de Paul Schrader y con guión del posteriormente galardonado con el Nobel de Literatura Harold Pinter, y protagonizando la película Christopher

Walken, Rupert Everett, Natasha Richardson y Helen Mirren.

La narración, que podría haber sido un relato pero que el amor de McEwan por la meticulosidad y la fragua de detalles han expandido a una novela de más de ciento cuarenta páginas, transcurre en Venecia aunque el nombre de la ciudad no se pronuncie en ningún momento —«Cada tarde, cuando la ciudad empezaba a bullir más allá de los postigos verde oscuro de las ventanas de su hotel, Colin y Mary se despertaban por el rítmico golpeteo de herramientas contra las barcasas de hierro amarradas al pontón del café del hotel (...) Entonces, bajo el bochornoso calor de las últimas horas de la tarde, era cuando los parroquianos empezaban a reunirse en el pontón para tomar un helado en las mesas de hojalata y sus voces también invadían las sombras de la habitación»—.

La pareja protagonista, Colin y Mary, lleva varios años de convivencia y la pasión inicial ha cedido el paso a una rutina cómoda y poco exigente que han decidido trasladar durante sus vacaciones, desde la ahormada cotidianidad de su Inglaterra

natal hasta el decadente costumbrismo de una Venecia que, superados los primeros días de turismo más o menos tradicional, ha ido adquiriendo unos tintes sombríos y casi enfermizos. En este escenario esencialmente nocturno ya que es el atardecer el que los aleja del hotel para descubrir algún restaurante en el que concluir el día —«Se echaban por el cuerpo colonias y sales caras, libres de impuestos, elegían la ropa meticulosamente y sin consultarse, como si entre los miles de personas con quienes pronto se reunirían, alguien les esperase en alguna parte con profundo interés por su aspecto»—, se inmiscuye un elemento, a priori inocente y puntual, aunque vector de una paulatina perturbación a su vez precursora de un desenlace tan teatral en su desarrollo como irreversible en sus consecuencias.

El elemento es en realidad un nuevo personaje a un tiempo atrayente y repulsivo, Robert, a quien conocen una noche, por azar según creen al principio, pero recordemos que en las tramas de McEwan el azar nunca es azaroso, y que, tras contarles a Colin y Mary los pormenores de su vida como hijo de diplomático, los invita a su casa para presentarles a su esposa, una canadiense de nombre Caroline que padece una extraña dolencia de espalda y tras cuya reunión a cuatro comienza a activarse un mecanismo inicialmente tan sutil que, cuando los protagonistas y el propio lector toman conciencia de la totalidad de su engranaje ya es demasiado tarde para anular sus efectos.

Novela apta para lectores de un grado de exigencia de 7,1 en la escala de Valente (del 0 al 9, aquí y en Venecia).